

LA HISTORIA DE ESPAÑA EN UNA SEMANA Y TRES DÍAS

(o “Misión imposible”)



ÍNDICE

- 1.- Se alquila cueva
- 2.- Vuele con Iberia
- 3.- Rosa, rosae
- 4.- ¡Abajo el telón!
- 5.- La guerra de los seis días
- 6.- Invencibles y vencidos
- 7.- El mejor alcalde
- 8.- ¡Viva la Pepa!
- 9.- ¡Que lo hemos echao!
- 10.- Club siglo XXI

Capítulo I

SE ALQUILA CUEVA

La península ibérica está habitada desde la prehistoria. Claro está que eso no quiere decir que haya habitantes desde el cabo de Gata hasta la cola de la rata. En aquel tiempo no sólo Castilla era ancha y larga, sino también el hombre era tan escaso como las monedas en el bolsillo de un pobre. Sin embargo, haberlos, los había. Los hombres, digo. Uno de ellos, el más antiguo, era un pariente lejano de los neandertales. Hace poco que se descubrió en Atapuerca, un lugar vecino de Burgos. Se le llama por eso ¡qué original! el “hombre de Atapuerca” y, aunque parezca un singular, es de veras un plural y también cumple con la ideología de género. O sea, también existían atapuercanas. Cosa razonable, pues de no ser así no habría atapuerquinos. Una manera sencilla de recordar el nombre de este hombre de Atapuerca es quedarse con las dos últimas sílabas. Estos lejanos moradores de nuestra casa actual vivieron, por lo menos, hace un cuatro seguido de cinco ceros de años. La característica que los hace interesantes a los arqueólogos es que ya practicaban la cacería en grupo. Eran, por tanto, una versión antiquísima de “La escopeta nacional”.

Otra huella importante de la presencia de inquilinos en la “piel de toro” - metáfora de los geógrafos griegos - es la cueva de Altamira, a diez mil tiros de jabalina del Cantábrico. Como pasa muchas veces, se descubrió por azar, como si al buscar una pelota perdida entre la maleza se encontrara oculta la lámpara de Aladino. Durante un cierto tiempo algunos la consideraron un

camelo sin certificado de garantía. Pero no, vale su espera para obtener un billete de entrada, si acaso no está cerrada. El troglodita que vivió en ella la ocupó hace, cuatrimestre más o cuatrimestre menos, un cuatro seguido de cuatro ceros de años (si se sabe aritmética se puede comprobar que falta el último cero dado para los atapuercanos y las atapuercanas). Pues bien, si algo destaca en esta cueva – la obra maestra de la exposición de la gruta- son los dibujos de bisontes. Nada que ver con esas manos pintadas en la pared y que cualquier niño sin vocación artística puede hacer solamente para limpiarse las manos sucias. No, las pinturas “rupestres” (es decir, sobre roca) están realizadas por un verdadero artista. El pintor, para darles un aire realista, aprovecha el relieve de la piedra para crear un volumen al cuerpo del animal. En cuanto al color, usa el ocre de la tierra amarillenta, el rojizo del óxido de hierro y el carbón natural para el negro de las líneas. Todos productos naturales, como la comida sana de aquel entonces sin mezcla de colorantes ni conservantes artificiales. Los prehistoriadores, para darse fuste y empaque científico, sostienen que estos dibujos tienen una intención fundada en la magia: atraer la caza. Esto supone creer que los cavernícolas eran un poco tontos, pues pronto se darían cuenta de que la comida disponible les atrae mucho más que sus retratos colgados en las paredes. A los hombres siempre les ha gustado el arte, decorar con cuadros las paredes de la casa. Quitad el papel a un niño provisto de una pintura y veréis los *graffitis* que realiza en el hogar. Por otro lado, dado el humo de la combustión de las hogueras dentro de la gruta, lo más normal es que muchos se aletargaran soñando, a falta de ovejas, con bisontes saltando. Y, algunos exquisitos, como drogados con alucinógenos, se dejarían llevar por la inspiración de las musas pintando bisontes, mamuts, ciervos, etc. Después de todo, los lápices eran gratuitos tomando las ramitas carbonizadas.

Otro lugar importante del arte rupestre se sitúa en el mediterráneo. Los pintores aquí son modernistas, no en balde

viven muchos siglos después que los pintores realistas. Digamos, a ojo de buen cubero, entre el diez mil y el cinco mil antes del nacimiento del nazareno. Si el arte del cantábrico es realista, el arte del mediterráneo representa las figuras mediante líneas de una manera esquemática. Además, junto a los animales hallamos hombres y mujeres. Parecen monigotes y garabatos de párvulos, pero sí, sí, hay que ponerse a dibujarlos. Algunos tienen un candor tan genial que sobrepasa el de muchos pintamonas vanguardistas (hablo de los que no se han enterado que la vanguardia fue hace ya un siglo y se creen vivir de las rentas). A veces representan escenas de la vida cotidiana, como una mujer trepando para coger la miel de una colmena. Otras son escenas de caza o bien escaramuzas entre clanes rivales que vaya usted a saber el motivo por el que están enfrentados. Tal vez una Helena raptada por París! ¡Quién sabe! París es siempre tan arrebatador... En suma, nuestros más lejanos ancestros nos legaron sus huesos y mucha estética.

Capítulo II

VUELE CON IBERIA

Decimos que “por el humo se sabe dónde está el fuego”. Ahora bien, tantos incendios y tanta humareda nos ocultan los episodios pasados durante miles de años en este rincón del planeta. Quien sepa algo, que lo diga, y no calle para siempre. Según parece, los celtas, en el primer milenio antes de Cristo, siglo más o siglo menos, entraron en la península procedentes del norte y les gustó quedarse en la zona, en lugares como Galicia, Portugal y otras tierras más. No se sabe bien si tuvieron que acostumbrarse a la lluvia pertinaz o si entre sus preferencias se encontraba el uso del casco protector contra el agua. En cualquier caso, los gallegos están tan orgullosos de sus antepasados que llamaron a un equipo “Celta de Vigo”. Otras tierras como Escocia e Irlanda, asimismo lluviosas, fueron también habitadas por los celtas, que practicaron una música triste y dulzona, entre el fado, la muñeira y las gaitas gallegas. ¡A quien se le ocurre cantar alegre bajo la lluvia!

Y en el otro rincón del cuadrilátero peninsular, quizás un poco más bajitos y menos rubios, se encontraban los iberos. Este nombre deriva del nombre del río Ebro o Iberus, y con este dato ya podemos imaginar que el río les servía como frontera hasta el sur del mediterráneo. Poco a poco, con el paso de los siglos, y gracias al amor y al comercio, los dos pueblos se barajan como las cartas y nace un pueblo que ya no es celta ni tampoco es ibero. Se les llamará “celtíberos” y aún hoy, cuando se quiere ponderar de alguien que es español hasta las cachas se le llamará con ese nombre carpetovetónico.

Pero también había otros pueblos diferentes en la península, que se llamó ibérica y no céltica tal vez porque estos últimos eran menos numerosos que los primeros y aquellos pusieron más material genético en la mezcla. Sin embargo, estos pueblos distintos eran marginales y solamente ocupaban el litoral con fines comerciales. Uno de estos pueblos es el pueblo griego, y eso de llamarlo pueblo, como si fuese algo unido que jamás será vencido, es mucho decir porque las polis habían polinizado todas las costas. Los griegos pusieron la planta de los pies por vez primera en Ampurias, localidad gerundense en el Ampurdán. De este nombre viene hablar de un “emporio” comercial y financiero. El segundo pueblo “colonizador” fueron los fenicios. Como los griegos, los fenicios eran comerciantes, mercaderes de toda clase de mercancías, compraban todo lo más barato posible y lo transportaban en barcos para venderlo luego lo más caro que se pudiera. Vamos, lo de siempre. Ciudades fenicias importantes fueron Cádiz y Málaga. En cualquier caso, llevado por las olas, el espíritu fenicio sobrevive todavía en el ADN de algunos levantinos que se levantan cada mañana para mirar cómo van los precios de mandarinas y naranjas.

Queda por último destacar una civilización muy importante que se desarrolla en el bajo Guadalquivir. Los arqueólogos, a falta de pan, la llama Tartessos. Mucho se ha escrito, incluso se llenaría el Betis con carbón vegetal y se romperían las minas de Riotinto. Como se sabe poco, cada cual echa su cuarto a espadas y propone su teoría para figurar de manera privilegiada en alguna bibliografía. Un misterio de esta civilización, desaparecida hacia la mitad del siglo anterior a nuestra era, es que parece haber sido abducida, como si se la hubiera tragado la tierra. La opinión más probable es que pagara las malas compañías. Como era amiga de los griegos, y los griegos se pelearon y perdieron con los púnicos, sumen ustedes dos más dos y saquen las conclusiones.

Capitulo III

ROSA ROSAE

En el siglo primero antes de Cristo, dos potencias se disputaban el dominio del mediterráneo. Roma era los Estados Unidos y Cartago – también llamados “púnicos” - la Unión soviética. Salieron perdiendo los cartaginenses, hijos de los fenicios, pero siempre tendrán el orgullo de haber parido a los cartagenenses y a las cartageneras morenas. Los tres generales más conocidos, una saga familiar, fueron Amilcar Barca, Asdrúbal y, el más famoso, Anibal, como Anibal Lexter. A éste su padre le hizo jurar odio eterno a los romanos. Anibal fue tan audaz que atacó a la mismísima Roma usando como tanques pesados a los elefantes y haciéndoles escalar nada menos que los Alpes. ¡Ríanse ustedes de los paquidermos de circo montados sobre una pelota grande! Como en aquel entonces no existía el derecho internacional y cada ejército hacía lo que le saliera de sus armas, los romanos desembarcaron en España con el fin de detener las tropas de refresco que llegaban desde África para auxiliar al intrépido Anibal. Pero luego, vieron que podían quedarse. Excusas de ese tipo son muy habituales en la historia: los franceses de Napoleón de paso hacia Portugal, etc.

Los romanos no eran un pueblo teórico. Pensar les daba dolor la cabeza y lo que ellos necesitaban era la acción. Ya se habían devanado bastante los sesos los griegos y con eso basta. Ponían a sus patricios desde niños a cargo de un preceptor heleno y con eso andaban servidos. Por el contrario lo que ellos amaban eran las carreras útiles: arquitectura, ingeniería, milicia, derecho, pues un abogado siempre tiene muchas salidas donde hay

bastante burocracia imperial. Sin embargo, aunque sus legiones no tenían parangón con sus enemigos, tardaron un par de siglos en decir eso de “cautivas y desarmadas...”. Solamente algunos reductos de vascones quedaron fuera de su dominio, y peor para ellos. Además, lo más probable es que no quisieran tomarse la molestia de trepar montes y empaparse hasta los huesos con las tormentas solamente para beberse un txacoli y mirar cómo un grandullón corta un tronco de leña. Dime cuáles son tus deportes favoritos...

Los españoles debemos a los romanos el nombre de nuestro país. Ellos nos llamaban “Hispania” y nosotros decimos “España”. El hecho de que nos comamos la letra h nos muestra que, por muy importante que sea saber la ortografía, tampoco hay que dramatizar. Así decimos “huevo” al “ovum”, quizás porque como la h es muda no se oye en los dictados y se pone donde da la gana.

Obras de arquitectura importantes que nos han dejado los romanos son el acueducto de Segovia, el teatro de Mérida, el anfiteatro de Tarragona y el puente de Alcántara, cuyo nombre se ha hecho muy familiar debido a cierta familia televisiva que cuenta una buena parte de la historia de la España moderna.

Y -orgullo patrio obliga- no debemos dejar pasar el puente de piedra de la ciudad de Zaragoza, cuyo nombre viene precisamente de Cesar Augusta.

Pero sin duda la mayor herencia que nos han dejado los romanos es su lengua. Del latín, al romperse como una estatua al caer, vienen las lengua romances: gallego, castellano, catalán, y dejamos fuera al vascuence porque es de padre desconocido, cosa de la que se enorgullecen pues para chulos los de Bilbao.

A pesar de que hoy nos sentimos hijos de Roma, también es un orgullo de los hispanos actuales mostrar el heroísmo y la resistencia de nuestros supuestos antepasados ante la colonización de los romanos. ¡Cómo no recordar aquellos sencillos dibujos de la entrañable enciclopedia Álvarez! El caudillo ibero Viriato es asesinado mientras duerme por tres traidores que al

solicitar su paga se les dice: “Roma no paga traidores” (lo de menos es si esto fue dicho, pero excitaba la imaginación del niño). Y qué decir de Numancia, conocida hoy por los sorianos y los aficionados al fútbol, y cuyos defensores prefieren quitarse la vida al deshonor de claudicar ante la potencia enemiga. Y se podía cantar a coro: “los Escipiones, eran unos ...”.

Una advertencia final: escritores como Quintiliano y Séneca y emperadores hispanos como Trajano, Adriano y Teodosio...¡no son españoles! Por si acaso...

Capítulo IV

¡ABAJO EL TELÓN!

A mediados del siglo V después de Cristo, las cosas iban de capa caída en el imperio romano. Los emperadores eran unos peleles a los que se tomaba por el pito del sereno. Quienes mandaban, hacían y deshacían eran los generales del ejército, muchos mercenarios extranjeros. Viniendo de Asia central, los hunos empujaron a los otros y los bárbaros entraron como Pedro por su casa en los dominios que habían sido antes posesión de los césares. Tan pronto como vieron las barbas de los bárbaros los gobernadores se tomaron unas vacaciones preventivas en sus fincas en la campaña y dejaron a los obispos al mando de las ciudades y encargados de habérselas con toda aquella gente de un aspecto tan fiero. En España entraron los suevos, alanos, vándalos y los visigodos, procedentes del sur de Francia, que se llevaron el gato al agua. Los suevos, confinados en la región galaica, fueron tirados al mar, los alanos quedaron para el arrastre, y los vándalos, a pesar de sus actos vandálicos, tuvieron que saltar al norte de África, no sin antes bautizar el sur de Hispania con el nombre de (V)Andalucía. Hacia el siglo VII, los visigodos gobiernan en toda la península y eligen como su capital a Toledo, cosa que demuestra que, si no atinaron del todo, ya percibieron el lugar adecuado para la capital del Estado.

Aunque la monarquía visigoda era electiva – lo que favorecía la muerte de los candidatos más cercanos al trono- los reyes, como siempre sucede, tienden a dejar el negocio a sus hijos

convirtiendo la monarquía en hereditaria. De ese modo el círculo de enemistades se reduce a la familia y los miembros en la línea sucesoria. El rey Leovigildo derrotó la rebelión de su hijo mayor Hermenegildo, que deseaba abandonar la herejía del arrianismo. Una vez muerto Leovigildo, su otro hijo, Recaredo, hizo lo que no consiguió su hermano. Y así, mediante una conversión en masa, España se hizo católica hasta que Azaña declaró que había dejado de serlo.

En cuanto a la cultura, los visigodos no fueron un prodigio de arte, aunque tampoco hay que despreciarlos como buenos artesanos haciendo joyas, broches, coronas, brazaletes, etc. Y sus iglesias – que preceden a las románicas – son macizotas, chaparras, con pequeñas ventanas para evitar el derrumbe a causa del peso excesivo del muro. Y la figura más sobresaliente, la estrella de las estrellas, es el santo Isidoro de Sevilla. Éste benemérito eclesiástico escribió “Las etimologías”, una enciclopedia de la época para conservar todo el saber antiguo de los clásicos grecorromanos. Muchas de esas etimologías son fantásticas, pero es que Corominas no había nacido. Los visigodos tenían plena conciencia de que eran unos ignorantes en relación a los vencidos romanos. Ya habían adoptado su lengua, no solamente por su mayor prestigio, sino porque ellos mandaban, pero la mayor parte de la población mandada seguía siendo la población ocupada. Habitualmente los visigodos no eran muy queridos por los estudiantes de cierta generación, pues como auxilio y ejercicio de la memoria se imponía al escolar la tortura de aprenderse la lista de los reyes godos: Ataulfo, Sigerico (olvido...) Teodorico, Eurico (olvido...). Menos mal que algunas terminaciones como ico o gildo ayudaban un poco para enhebrar las cuerdas obteniendo el deseado sobresaliente con el que se conseguía la palma de honor.

Capítulo V

LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS

Vale, no fueron seis días, pero tampoco seis siglos. La invasión árabe fue una guerra relámpago favorecida por la traición de un noble visigodo. Cuenta la historia – o leyenda – que el conde don Julián, para vengarse del ultraje hecho a su hija La Cava por el rey don Rodrigo, facilita la entrada de los musulmanes a través de Ceuta. El peñón de Gibraltar, ya sea inglés o español, lleva el nombre del moro “Tarik”, Yebal Tarik o montaña de Tarik. Este general, junto con Muza, derrotó en un pis-pas a las huestes visigodas dejando a don Rodrigo en la ruina, sin villas ni castillos. Mientras avanzaban a galope las tropas enemigas, las autoridades godas retrocedían corriendo como carteros perseguidos por los perros de guardia. Y se refugiaron en las montañas asturianas, cántabras y en torno del río Aragón, cuyo nombre bautizará a una de las regiones más hermosas del mundo entero. Esto sucedía en el año 711 y ésta es una fecha que merece ser apuntada en un cuaderno.

Pero, repuestos de la sorpresa, los godos comenzaron lo que se llamó “reconquista”, un poco exageradamente, pues algo que

dura ocho siglos hace suponer que se lo tomaron con mucha calma y bastante parsimonia. El rey don Pelayo, en Covadonga, ganó por vez primera una batalla a los moros. Probablemente fue una escaramuza entre cincuenta cristianos y cuarenta musulmanes, pero la propaganda política convirtió la victoria en algo así como el desembarco de Normandía. Levantaba la moral alicaída. Paulatinamente los godos, cada cual por su cuenta y sin mantener la unidad de acción, pues no en balde eran taratatabuelos de los españoles, ganaron terreno a los moros y como la tierra tenía la misma extensión, la conclusión del razonamiento es que los musulmanes retrocedían hacia donde habían venido. El espacio que les quedaba, cada vez menguante como una luna, se llamó Al-Andalus. Como la religión une, pero no une del todo, los reyes cristianos pugnaron entre sí mismos para decidir cuál de ellos era más poderoso y muy pronto aparecieron disputas internas para sentarse en el trono. Éstos eran los reinos que surgieron al romperse en pedazos la unidad del reino visigodo: Asturias y León, Castilla, Aragón, y al Este, una frontera llamada “Marca Hispánica” (no confundir con la actual *Marca España*) y que servía a los carolingios para que los musulmanes no se pasaran de raya (de hecho cuando lo intentaron fueron vencidos en Poitiers por Carlos Martel, el cual no estaba sólo sino acompañado por otros miles de francos). Pero a nosotros lo que más nos interesa es Castilla, que entonces era un pequeño rincón del reino de León y se separó de una manera unilateral. Los eruditos discuten sobre si el nombre es “tierra de castillos” o, algo más rebuscado, si tiene un origen arábigo. Dejémoslo aquí. Doctores tiene la filología. El hecho esencial es que en una zona de Burgos, limítrofe con los vascos (y las vascas) Castilla se sacó de la punta de la lengua un dialecto latino cada vez más distinto de su madre. Como ya no se entendía, algunos monjes escribían al margen unas notas a modo de chuletas para aclararse. Éstas son las Glosas de san Millán de la Cogolla, en la Rioja, y que son el primer vagido de nuestro idioma. Consideradas en sí mismas, todas las lenguas son

igualmente bellas y racionales, pero, por circunstancias históricas que hubiesen podido ser diferentes, unas han alcanzado sin mérito propio los trescientos millones de hablantes y otras sin culpa no pasan de medio millón. De aquí que sean necios los que dicen “háblame en cristiano” y los que en revancha pretenden dar la vuelta a la tortilla a fuerza de leyes. Y a otra cosa, queda dicho, doña Rosa.

La historia medieval – aquellos hombres señalarían que todos estamos en la mitad de alguna época – es un periodo tan complejo que no cabe en un dedal. En España, si quisiéramos recordar todos los envenenamientos, conjuras, matrimonios de conveniencia, y todos los condes Ramirez, y Galindez, y todos los Sanchos y Ordoñez, etc., preferiríamos sin duda soportar un culebrón colombiano. Baste recordar aquí algunos episodios importantes. Sea el primero el que habla de esa frase con la que pedimos paciencia: “Zamora no se ganó en una hora”. Pues bien, esta ciudad hoy tan discreta merece alguna reivindicación histórica. La historia comienza con la disputa entre dos hermanos por una herencia legada en un testamento por su padre. Nada nuevo bajo el Sol. Doña Urraca – tal vez la única persona poseedora de ese nombre – se disputa la ciudad de Zamora con Sancho, el Bravo que, si no otros títulos, tenía nombre y apodo más presentables. El hermano asedió la ciudad donde se había encerrado su hermana. El sitio duró siete meses, no una hora. Y el final se produjo por la traición de Vellido Dolfos, el cual traicionó a Sancho haciéndole creer que traicionaba a Urraca.

Otro hecho fundamental es la historia del Cid, una figura tan excepcional que ha merecido un poema, muchos exámenes de literatura y una película protagonizada por un actor americano. El burgalés Ruy Díaz de Vivar – que tal era su nombre, pues “Sidi” es “señor” en árabe) le hizo jurar al rey Alfonso VI, según cuenta la leyenda, que no había tenido nada que ver en el asesinato de su hermano Sancho, el Bravo citado anteriormente. El rey jura en santa Gadea de Burgos, pero después de ese

juramento se la tiene jurada al caballero y lo manda fuera de sus tierra. “Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor”, dice la gente del pueblo poniéndose de su parte. Y, como todos debemos ganar la vida, se convierte en mercenario a sueldo con sus fieles que le habían acompañado. Uno de sus empleadores es el rey moro de la taifa de Zaragoza. Como su viejo enemigo el rey Alfonso lo necesita para luchar contra la morisma, lo perdona, y aquí paz y allá gloria. Vuelve el héroe sin antifaz. Durante un cierto tiempo gana la ciudad de Valencia, pero muere allí obteniendo al menos como recuerdo el nombre de una avenida y la fama de haber ganado una batalla después de muerto, pues atado en su caballo Baviaca, y con su espada Tizona, les mete el miedo en el cuerpo a los seguidores de Alá es Alá.

En el otro bando, el Al-Andalus, también cuecen habas. Los árabes, que eran la crema de la crema, menospreciaban a los bereberes, cosa que produjo varias tensiones de cierta gravedad. Por otro lado, y con mayores consecuencias, tenemos el enfrentamiento entre las dinastías Omeya y Abasí. Después de la conquista, Al-Andalus formaba parte del califato Omeya, con la capital en Córdoba. Los gobernantes lo hacían con el título de emires. Pero los abasíes sanguinarios – como si fuera una lucha entre clanes mafiosos – asesinan a la familia omeya ¿A todos? No, uno, Abderramán I se escapa y forma un emirato aunque, por algún escrúpulo, no se atreve a romper lazos espirituales con el califato de los carniceros de su familia. Será más tarde el Abderramán con otro palito más el que creará el emirato independiente. Mientras tanto, en ese vaivén de las fronteras, hay cristianos que quedan en territorio musulmán y se llaman mozárabes, mientras que en el caso contrario los moros en tierra cristiana se llamarán mudéjares. También los árabes tienen sus propias rencillas y particularismos y se dividen en pequeños reinos de taifas (algo que algunos quieren hacer aquí) lo que provoca la intervención de los almorávides para evitar tanto descontrol y cachondeo entre quienes tan rápidamente habían

conquistado la península gracias a valerosos soldados. Uno de los célebres caudillos árabes, simétrico del Cid, es Almanzor, pero éste perdió el tambor en Calatañazor, provincia de Soria.

A comienzos del siglo XIII los aliados cristianos tienen ya la noción de que están en metidos en una cruzada, aunque lejos de Jerusalén. Aunando sus fuerzas logran la gran victoria de las Navas de Tolosa que, además de un bonito nombre, sucedió en el año 1212 tan fácil de recordar diciendo doce y doce (claro, que habría quien diga “veinticuatro”). Y entre los reyes que caminan ya hacia el fin de la presencia de los moros en España no se puede ni se debe olvidar a Alfonso X, el Sabio. Estamos acostumbrados a que los monarcas sean los presidentes de honor de tal o cual institución cultural, pero sabios ellos mismos...¡Quia! Por el contrario, Alfonso escribió Cantigas en gallego y creó en Toledo una escuela de traductores trilingüe -latín, hebreo y árabe- que permitió a Europa conocer una buena parte del saber de la antigüedad. Un hecho de tal calibre habría sido bastante en muchas naciones para echar blanco a cualquier leyenda negra.

Hoy los musulmanes nos parecen atrasados porque no tienen todos relojes de pulsera, hay menos semáforos por habitante y las carreteras tienen muchos baches. Pero no siempre fue así. En la primera mitad de la edad media (pues hay que saber que hay dos mitades) los árabes daban sopas con onda a los cristianos, que eran unos ignorantes. Los sabios del Islam tenían muchos más conocimientos de matemáticas, astronomía, filosofía, arquitectura (hacían palacios con jardines que eran una maravilla y hasta la escritura les servía como decoración). Si un rey tenía dolor de estómago o una gripe de caballo no llamaba a ningún Hernán sino a algún Iben y lo que sigue. También nos enriquecieron el léxico, pues entre ocho y diez palabras de cada ciento son de origen arábigo. Así, las que comienzan por el artículo suyo “al” o bien “Beni”, hijo de: alcalde, alguacil, alcantarilla, Benidorm, Benicalap, etc. Ahora bien, los cristianos tomaron pronto carrerilla y los alcanzaron. Algunos monjes beneméritos, a

la luz de una vela en viejos monasterios, conservaban en brasas el fuego de la sabiduría antigua. A esa Iglesia a la que necios sin luces llaman oscurantista “por los siglos de los siglos” le debemos una buena parte de la luz de las naciones europeas en ese periodo en que, al menos en su segunda parte, no fue de tinieblas. Las ciudades crecieron, las catedrales y las torres de los campanarios rivalizaban por ser más altas. Y los arcos ojivales de las ventanas góticas parecían hechos para que los cascos de los cruzados pasaran por su oquedad. Dios en las iglesias y en la sociedad estaba como en su casa.

Mucho se podría decir todavía de una época que dura ochocientos años, pero al visitar un país o una ciudad siempre quedan rincones olvidados.

Capítulo VI

INVENCIBLES Y VENCIDOS

En la historia de España existen varias fechas memorables: 1492, 1808, 1812, 1868 (optativa), 1898, 1931, 1936, 1978 y, si se quiere, cada cual puede añadir también la fecha de su cumpleaños. A fines del siglo XV, concretamente un lustro y tres años antes, suceden tres hechos importantísimos, todos ellos protagonizados por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los Reyes católicos. A saber: a) la conquista de Granada; b) la expulsión de los judíos y c) por último, pero no el menos importante (queda mejor el juego de palabras en inglés) el descubrimiento de América. La expulsión de los árabes del Reino de Granada, tierra ensangrentada, pone colofón a lo que ocho siglos antes había iniciado el rey don Pelayo. Boadil, el chico, sale gimiendo de la Alhambra mientras su madre le dice con dureza: “llora, llora como mujer lo que no supiste defender como hombre”. Terribles palabras donde se advierte que los hombres no lloran ni las mujeres deben formar parte del ejército. Eran otros tiempos.

Si con la conquista de Granada se conseguía la unidad de la península en dos cabezas que dormían, se espera, juntos en la cama, también en ese mismo año la expulsión de los judíos lograba la unión religiosa, el nacional catolicismo. A los hebreos se le dio a escoger entre lentejas y butifarra. Si rechazaban los productos cárnicos del cerdo se convertían en cristianos nuevos – opuestos a los viejos, de toda la vida-, mientras que si seguían dentro del judaísmo había que coger los bártulos y marcharse al extranjero con lo puesto (bueno, podían vender lo suyo y arreglar sus cosas). En la orden de expulsión se habla de “dueños” y

“dueñas”, “hijos” e “hijas”, “criados” y “criadas”. De manera que el lenguaje inclusivo de las feministas no ha descubierto nada nuevo. Solamente que aquí es un documento oficial, donde hace falta precisión, y no una mera pose o, como se dice ahora, “postureo” ideológico. A estos judíos expulsados se les llamaba sefarditas, porque nombraban Sefarad a nuestra patria, y se las daban de mayor cultura que los otros judíos de la Europa central. En la edad media eso de la tolerancia cero contra el racismo es, si no del todo, una buena parte de mito progre. De hecho ninguna hermosa judía se pudo casar jamás con un apuesto cristiano. Cuando se lee la Celestina la pregunta que nos hacemos es inmediata: ¿por qué no se casan esos dos chicos y se acabó tanta tragicomedia? Y es que el joven Calixto es de Dios y la joven Melibea, y su viejo padre Pleberio, son de Yahvé. Como ser Capuleto y Montesco, o del Barça y del Madrid.

El día de la Hispanidad - ¡qué curiosa coincidencia! – se descubrió América, esa que algunos tontos califican de Latina como si Cayo Julio César hubiese conquistado Méjico en lugar de la Galia. Muchos discuten sobre si fue un descubrimiento “mutuo”. Ahora bien, si unos tienen la tecnología náutica precisa y la curiosidad necesaria para cruzar el charco hacia el oeste, sólo debe concluirse que hay un descubrimiento “activo” y otro descubrimiento “pasivo”. Pero como el numero de necios es infinito, también hay quienes rizan el rizo aún mas hablando de genocidio. Podemos retomar el tópico medieval “Ubi sunt?” para preguntarnos dónde están los indios americanos además de hallarse en las películas del oeste con vaqueros y comanches. El español no sabe hacerse valer. Se le llama América al continente americano por un cartógrafo italiano, y el descubridor sólo da nombre a un pedazo llamado Colombia. ¿Es justo?

El día del Pilar, un 12 de octubre, un marinero llamado Rodríguez de Triana gritó ¡tierra! y, si se le metió en el ojo alguna arenilla, seguramente sería de la primera isla atisbada en aquella travesía a lo desconocido. Probablemente no haya habido nadie

que haya pasado a la historia solamente por un vistazo en lo alto de un barco, o, mejor dicho, nao. Las tres naves mandadas por el almirante Colón – el jefe de la empresa – eran, según los recursos memorísticos de los escolares: “Santa María, qué Pinta tiene la Niña”. Además, en las tres naves estaban enrolados los hermanos “Pinzones”, cuyo malhadado nombre les hacía rimar con “mari...neros”. Colón, por avaricioso, regresó a España con cadenas después de hacer tres viajes al Nuevo mundo, recién estrenado para los europeos. Por causa de este descubrimiento podemos tomar patatas fritas y beber café mientras que ellos – además de alimentos y animales desconocidos– recibieron una sola lengua y un solo catecismo para insultarse mutuamente y ser bautizados en la religión de Cristo.

Entre los conquistadores sobresalen dos: Hernán Cortés y Francisco Pizarro. El primero (famoso por ser un pirómano de sus naves) derrotó al imperio azteca, en Méjico, y el segundo al imperio inca, en el Perú. Según parece, aztecas e incas no eran, ni mucho menos, también ellos mismos imperios, además terriblemente sangrientos. Y no sometían a otros pueblos indios, esclavizados, de un modo peor que los españoles. ¿Quién puede negar que, si unos querían propagar la fe cristiana, muchos buscaban hacer las Indias para ser ricos? La canción “Antón Pirulero” hace referencia al indiano que amasa fortuna en Perú. Desde el comienzo de la conquista hubo hombres como el Padre Vitoria, predicadores como Montesinos y Las Casas, se dictaron Leyes de Indias, etc. ¡Ah, la leyenda negra creada por los anglosajones! Y es que la envidia es muy mala. Ni tan calvo ni con dos pelucas. Ni héroes ni villanos. Y en cuanto a la esclavitud de los negros africanos... Portugueses, holandeses, anglosajones, árabes, reyezuelos africanos, si están libres de culpa, rompan la primera cadena. Afortunadamente, la predicación y la autoridad de la Iglesia logró en casi cuatro siglos ablandar la mentalidad de una sociedad cristiana para hacer libres a los Tío Tom.

Los Reyes católicos, capitalistas de la magna empresa

americana, fueron un matrimonio por interés desde niños y el amor viene luego, más tarde, si es que viene. Debemos disculpar a todos los monarcas con amantes, pues, dejando aparte la libido incontrolada, a nadie le agrada hacer de semental y que le metan por la fuerza en la cama a su esposa hasta que la muerte los separe o llegue la excomunión de Roma. El casamiento de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla fue todo un evento social. Los poetas simbolizaron la unión – según la historiografía tradicional la forja de la unidad de España – con la planta del hinojo. Como en Aragón la f inicial latina se mantenía, “finojo” era como Fernando, mientras que en Castilla la f desaparecía e “inojo” se decía con la “i” de Isabel. Pero, bueno, esto es un andarse por las ramas para semejar erudición. Como hemos dicho, estos reyes culminan la unidad territorial. Eso de que la reina Isabel era una guarreta y que no se cambiaría de camisa hasta no pisar la Alhambra - ¿qué pasaría si la guerra hubiese durado años? - es solamente una leyenda urbana más, una historia como la mujer de la curva que ven los automovilistas sugestionables. Saltando por encima de Juana la loca, muy apta para la cinematografía por su histeria, hereda el trono Carlos I de España (los escolares añadíamos, y V de Alemania, para no confundir). El flamenco comienza enchufando a sus compatriotas en los mejores cargos y cambiando las costumbres patrias, cosa que rechazan los comuneros mandados por Bravo, Maldonado y Padilla. Estos perdieron la cabeza por insumisos. En este reinado, además de poner una pica en Flandes, el monarca se la pasa luchando contra los protestantes luteranos para alcanzar la unidad católica de Europa imponiendo los ideales de Contrarreforma. Teólogos sesudos empujaban a soldados para dirimir en el campo de batalla regando con sangre si Cristo está presente en la eucaristía como un símbolo o con una presencia real. Uno de los medios más útiles para luchar contra los herejes de casa fue la Inquisición, tan denostada por los extranjeros, como si ellos no hubiesen tenido sus propias cazas de brujas y sus noches de san Bartolomé

aplastando hugonotes como chinches picajosos. Es cierto que, por más que se busque, no se encuentra nada en los evangelios que recuerde los métodos de Torquemada. Ahora bien, la crítica ética intemporal a dichos tribunales no puede fundarse de ningún modo en anacronismos históricos. En primer lugar, la Inquisición fue el tribunal más aceptado, querido y popular entre los siglos XVI y XVII. El pueblo odiaba a los judíos y a los judaizantes. Por otro lado, la Inquisición no fue solamente un arma “hacia afuera” de la Iglesia contra la sociedad de su tiempo, sino un alacrán que se picó ella misma. El arzobispo Bartolomé Carranza estuvo dieciséis años en una cárcel de la Inquisición y no hace falta recordar los problemas de Fray Luis de León. Al final de sus días, agotado por el mal de gota, Carlos I se retiró al monasterio de Yuste. Y murió, como le sucede a todo el mundo.

A Carlos I (y V de Alemania) sucede su hijo Felipe II, que hace honor a su padre y el cual había iniciado en nuestro país la dinastía de los Austrias. Hombre austero, manda con puño firme unas posesiones que más tarde harán puñetas sus descendientes. Entre sus méritos está mandar construir el Escorial, el cual más parece un monasterio cisterciense que un lujoso palacio digno de un imperio en el cual no se ponía nunca el sol (a pesar de algunas sombras). El hecho de que semeje a la parrilla donde fue asado el mártir san Lorenzo no sabemos si es fruto de la devoción o bien de un humor macabro. Felipe II suele ser representado llevando un sombrero cónico en forma de capirote partido, gorguera impecable y vistiendo un traje negro como una araña que desde un centro extendiese sus hilos a todo el planeta. Así, además de llegar a hasta Perú alcanzaba igualmente a Filipinas, que llevan su nombre para conmemorar al rey Felipe II (cosa que ya está hoy olvidada). Como, igual que su padre, era muy enemigo de los herejes, envió contra la pérfida Albión una escuadra que se llamó de una forma petulante “La invencible”. El problema fue que la mandaba un inepto que no había navegado en una laguna y los barcos no estaban hechos para los temporales del Atlántico. Eran

muy poco manejables y mostraron muy poca previsión. Entonces el monarca, con desdén estúpido, dijo aquello de que “no había mandado sus naves a luchar contra los elementos”. Sería como si Napoleón proclamase que al atacar al zar no sabía que en Rusia nieva mucho y hace un frío de aúpa. Pero el hombre tropieza siempre dos veces en la misma piedra y los nazis, en lugar de esperar la primavera con el deshielo se metieron de coz y de hoz en el hielo invernal. En cualquier caso, tomando las cosas en conjunto, su reinado se mantuvo a la altura de su progenitor.

Curiosamente, aumentando palitos al nombre de Felipe II disminuía en proporción el poder del imperio. Felipe III y Felipe IV son los hijos de papá que viven de rentas hasta que se acaba la bolsa. Los últimos Austrias señalan el inicio de la decadencia. Ese escepticismo, bajo su comicidad, lo refleja Cervantes en el Quijote. Se acabó Lepanto. Carlos I se había recorrido Europa a caballo pasando más horas en grupa que caminando a pie; Felipe II, sin moverse mucho, daba mucho que hacer a sus ministros. Los malos Austrias se tumban a la bartola y dejan el poder en manos de validos que dejan inválida la patria para las hazañas antiguas. Uno de esos validos fue el conde duque de Olivares, pintado a caballo en un escorzo que parece casi una grapadora levantada. El poeta Quevedo ya se rebelaba contra el desgobierno metiendo versos ocultos bajo servilleta: “no he de callar por más que con el dedo...”. Claro que este poema es un anónimo que se le atribuye con muy buenas razones. En un soneto, mediante la metáfora de comparar a España con sus achaques de viejo, escribe: “Miré los muros de la patria mía/si un tiempo fuerte ya desmoronados”. Todo iba ya boca abajo.

Capítulo VII

EL MEJOR ALCALDE

Y Carlos II es ya el remate, el colmo de la memez. Se le llamó el “Hechizado” por su aspecto debilucho y enfermizo, probablemente porque como los de sangre azul se casan con los de sangre azul, se quedan luego pálidos y sin sangre roja. Eso pasa por casarse dentro de familiares más o menos consanguíneos. Sin embargo, a pesar de parecer que estaba para el arrastre aún duró muchos años en el reinado y no todo fue malo, incluso hubo algunas mejorías con relación al pasado inmediato. El problema viene de que no cumplió con una de las tareas fundamentales de un rey: dar un sucesor, y varón (hasta la cuestión de la ley sálica). A falta de príncipes siempre vienen repúblicas o conflictos entre reyes que aspiran a la herencia. La dinastía de los Borbones, con Felipe V, y la dinastía de los Austrias, con el archiduque Carlos, se enfrentaron para ser los nuevos reyes de España con unas consecuencias que todavía mantienen las brasas encendidas. “El mal de Almansa a todos alcanza”. Ésta fue una guerra de sucesión en la que algunos, con desconocimiento de la historia, justifican de modo anacrónico la secesión. Aquello fue una disputa entre las dos casas reales más poderosas de la Europa de aquella época y no una guerra entre una nación catalana sometida a una nación española. Por supuesto, el vencedor impuso su voluntad. En tal partida entre “maulets” y “botiflers” vencieron los Borbones, quienes hicieron borrón y cuenta nueva del pasado. Felipe V derogó con los decretos de Nueva planta los Fueros de Cataluña, Valencia y Aragón. Viniendo de París, educado en el centralismo, el primer rey Borbón quiso hacer de la Villa y Corte la centralita

de todas las Españas. Era el espíritu moderno de la época frente al medievalismo político. Todos iguales, pero ¿a quién? Los Borbones modelaron España a imagen de las instituciones de Castilla. Y aquí tendremos una espinita que no hemos conseguido todavía arrancar: el modelo territorial.

Afortunadamente la tendencia a empeorar el país cuando se aumentan los palos al nombre del rey no ocurre con el sucesor onomástico de Carlos II. Los Borbones, que a pesar de tener un origen francés, no tienen más patria que su trono, sacaron de sus genes a Carlos III para dejar Italia cambiándola por España. Y como entonces España se reducía a Madrid – algo que muchos añoran – el rey, con peluca, escopeta y tricornio, se convirtió en el mejor alcalde de la capital. Una consecuencia futura de esta política urbana fue que hoy se pueda cantar en los conciertos eso de “mirala, mirala, la puerta de Alcalá, tralará”. Del mismo modo que el iniciador de los Carlos, el rey italiano se trajo a otros italianos para formar parte de su gobierno. Y el pueblo actuó de la misma manera. No le gustó que le quitaran la capa, y no por cuestión estética sino porque así no podían ocultar la espada dando satisfacción a esa tendencia caínita y pendenciera que existe en el alma española. Y, por supuesto, la higiene no iba con los madrileños ni con resto del país. Se asomaba uno a la ventana y arrojando las aguas menores se gritaba: “¡agua va!. Y el que no estuviera atento que pagase su remojamiento. La falta de pan, pero también la prohibición de llevar vestidos tradicionales (¡qué se iban a creer estos extranjeros!) causó la ira de los madrileños que se amotinaron contra el marqués de Esquilache, cesado naturalmente. Se acusó a los jesuitas de instigar la revuelta, pero curiosamente también estuvieron envueltos en ella antijesuitas declarados como el conde de Aranda y otros políticos ilustrados. Sea lo que fuere, el caso es que el muy católico rey Carlos III expulsó a los jesuitas que se marcharon a Italia para polemizar con los eruditos extranjeros defendiendo a España. Este odio hacia la compañía fundada por Iñigo de Loyola no fue exclusivo de

nuestro país. En Portugal el marqués de Pombal hizo lo mismo y en Francia pasó cinco quintas partes de tal medicina vomitiva. Es curioso que nuestra República, la segunda, tampoco amase mucho a los jesuitas y del mismo modo las tomó contra ellos. Quizás porque obedecen más al Papa y a su general que a las autoridades civiles. Sin embargo, también el cínico Voltaire – lo cual no es un motivo de alegría - alaba sus Reducciones en Paraguay.

La política llevada a cabo por Carlos III fue la marcada por ministros ilustrados como Aranda, Roda y Campomanes. O sea, el despotismo ilustrado, cuya divisa es “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”. Paternalismo puro, mientras los plebeyos no metieran sus narices en el palacio. Solamente al final del siglo, cuando estalló la revolución francesa, los nobles ilustrados cogieron miedo pensando que se habían pasado en su solicitud con un pueblo que no lo merecía. Y se echaron atrás.

En el campo del pensamiento, entre las centenas de hombres ilustres parangonables con Diderot, D’Alembert, Rousseau y Voltaire, tenemos al erudito valenciano Gregorio Mayans y Siscar, o Gregori Mayans i Siscar, cuya figura todavía presenta aspectos desconocidos. Este intelectual valenciano sostuvo una polémica (el siglo estuvo lleno de ellas) con el benedictino Gerónimo Feijóo, más conocido por Feijóo, el cual pasó la mayor parte de su vida escribiendo para desfacer entuertos históricos y mostrar cuán tontos y atrasados estábamos los españoles en relación a los extranjeros. Pero quizás la figura más sobresaliente en este periodo es el asturiano Jovellanos (la rima es accidental). Tenemos de él un hermoso retrato de Goya en el cual, como sucede en tantos pensadores, la cabeza se apoya sobre el puño y el brazo flexionado puesto en una mesa. Evidentemente el gesto no solamente da una señal de que pensar pesa y cansa, sino también que si la razón se deja vencer por el sueño engendra monstruos. Como hombre público pasó de ocupar los más altos cargos a estar encerrado en el castillo de Bellver en la isla de Mallorca. No cabe duda de que estar aislado en una isla es un

doble confinamiento. Podría decirse – con una frase latina disponible en cualquier diccionario - “sic transit gloria mundi”.

Capítulo VIII

¡VIVA LA PEPA!

Si Carlos III era flaco, el cuarto de los Carlos era gordinflón, con mejillas sonrosadas y un aire entre buenazo, campechano, tonto y calzonazos. En cuanto al físico se diría que nuestro rey emérito hubiese retrocedido en el tiempo dos siglos para ser pintado por Goya junto al resto de la familia real. El famoso cuadro del de Fuendetodos (sébase el nombre del pueblo natal) es un precedente de la pose de nuestra familia real en sus vacaciones mallorquinas. Como suele decirse que una imagen vale más que diez palabras – no exageremos en el número – el pintor aragonés retrató el retrato moral de los miembros de la Corte. Carlos María Isidro y el futuro Fernando VII, juntos como presagio de que ambos querían lo mismo. En cuanto a la reina, Goya, por muy bien pagado que estuviese para sacarla bien parecida, no pudo hacer mucho más. La fea es fea sin remedio. Sin embargo, a pesar de su escasa belleza – lítote- las malas lenguas, que en aceite sean fritas, la acusan de depravada sexual y de conceder favores privados al favorito del rey, Godoy, también conocido como El príncipe de la Paz.

En aquel tiempo, Bonaparte quiso quedarse con la mejor parte de Europa, incluida España. Y así, con el pretexto de pedir paso hacia Portugal, pues por barco era costoso, cruzó la península y después de quedó en ella. Antes, claro, invitó a Carlos IV y a su hijo Fernando a Bayona como amigos y prisioneros al mismo tiempo. Cuando esto se supo en Madrid, el pueblo armó la de san Quintín, se lió parda y un dos de mayo de 1808 los capitanes Daoiz y Velarde entraron en la historia junto al cuadro

de los fusilamientos de la Moncloa. La guerra contra Napoleón tuvo escenas memorables: el truco del tamborcillo del Bruch, los sitios gloriosos de Gerona y de Zaragoza, con Agustina de Aragón (que era de Barcelona) arremangada al pie del cañón. En Bailén Castaños le toca las castañuelas al ejército napoleónico causando una derrota que les escoció mucho; sobresalen caudillos haciendo guerra de guerrillas, como el Empecinado. Los ingleses, no sin interés, ayudan a España y el duque de Mambrú (deformación de Marlborough, pero no el tabaco) se fue a la guerra acompañado del duque de Wellington. Hay una historieta falsa, propagada por Mesorero Romanos, y que dice que Goya estuvo a punto de darle un pistoletazo al militar inglés en un calentón y por un quítame allá esa paja.

Mientras tanto unos hombre de ideas nuevas, con ansía de libertad y hartazgo del absolutismo, redactan la primera Constitución democrática de esta piel de toro (dispongo de una tasa de tópicos). A esta ley máxima, de 1812, se la llamó la Pepa por haber sido proclamada el día de san José. En ese nombre no solamente apreciamos su chispa popular – como el apodo al borrachín hermano de Napo, don Pepe Botella – sino que debemos ver que llamarla “Josefa” la asociaría con la Josefina de Bonaparte. Y bien, en la Cádiz donde las gaditanas se hacen tirabuzones “con las bombas que tiran los fanfarrones”, nace la Carta Magna de nuestro primer liberalismo. Sin embargo, una vez que Fernando VII – hijo de Carlos IV y nieto de Carlos III- pisó la patria después de un tiempo de vacaciones pagadas en Bayona, lo primero que hizo fue dejar en agua de borrajas y en papel mojado todos los debates de nuestros constituyentes. Se cuenta – cosa muy sospechosa – que, teniendo un recibimiento apoteósico el monarca, alguna gente del pueblo desenganchó la carroza y la empujó al grito de “¡Vivan las cadenas!”. Claro que esto puede ser interpretado desde el punto de vista de los afrancesados como queriendo decir: mira que sois burros, preferís la esclavitud a la libertad. Los afrancesados, patriotas que veían en José Bonaparte

una esperanza de progreso, fueron tratados como traidores, unos malos españoles. Y algunos, como Goya, que murió en Burdeos, tuvo que tomar las de Villadiego.

El rey Fernando VII era feísimo, mal peinado, cejjunto, con ojos de besugo, la barba de zoquete y un aspecto general de retrasado intelectual. Odiaba “la funesta manía de pensar”. Claro está, la funesta manía de pensar “de estos tiempos” (los liberales, con poca honestidad, no concluyen la frase dicha).

Aprovechando aquellos años convulsos, las colonias americanas se sublevan en busca de su emancipación. De entrada no se trata de una rebelión contra España sino contra el caduco régimen absolutista que la gobierna con mano cruel y torpe. Todos los rebeldes profesaban ideas liberales. Uno de los caudillos más importantes en el alzamiento de todo un continente fue el criollo Simón Bolívar. Si Colón tuvo su Colombia, Bolívar tendrá su Bolivia. Y, mientras tanto, como ya dijimos, los italianos ganan el nombre de toda América (por Vespuccio). Con el fin de aplastar la independencia se pretende mandar un ejército, naturalmente, a falta de aviones, por mar u océano, pero el general Riego se niega a embarcar, lo que le trae muy malas consecuencias. Más tarde la segunda República adoptará el himno que lleva su nombre y que, como la Marcha real, tampoco lleva letra. ¡Qué envidia la marsellesa!

Acompañando en el heroísmo al general Riego, Mariana Pineda riega también con su sangre el martirologio liberal. La causa de su ejecución fue bordar una supuesta bandera contra el absolutismo. De donde se infiere no que coser sea malo, sino que las banderas son algo más que una tela cuando representan valores universales y solamente unos trapos cuando son la apendicitis del sentimiento nacional. Paulatinamente, los enemigos a Fernando VII consiguen sacarlo del “Estado soy yo” para instaurar un trienio liberal de 1820 a 1823. El monarca, muy cuco, promete marchar “y yo el primero por la senda constitucional”. Pero con la ayuda de los “Cien mil hijos de san

Luis” – que ya son hijos – las potencias absolutistas del Antiguo Régimen reponen al cada vez menos deseado y más indeseable Fernando VII en el trono. Y viene entonces la década ominosa que pareció dos décadas y dos veces ominosa.

A la muerte de Fernando VII se planteó el problema de la sucesión. Desde Felipe V, el primer Borbón, la ley sálica impedía de una manera discriminatoria reinar a las mujeres fuera del hogar. Fernando VII, más por la sangre que por feminismo, quiso derogar esta ley para que reinase su hija Isabel con dos palitos. Pero su hermano, Carlos María Isidro, se negó señalando que, por muy rey absoluto que fuese, la tradición era la tradición, y mucho más si procedía del primer Borbón. Antes el tío que la sobrina. Y así se produjo las tres guerras entre las dos ramas de la misma familia, unas guerras en las que murieron muchos que no eran familiares suyos. De un lado los carlistas, del otro los isabelinos. El carlismo, ligado al Antiguo Régimen, puede resumirse así: el rey es el buen padre, los nobles los hermanos mayores y el pueblo los hermanos menores. En cuanto al liberalismo, el rey gobierna con una constitución parlamentaria, todos son supuestamente iguales y no se aprecian en mucho los privilegios territoriales. El cura Balmes, aún siendo católico y sabiendo que Dios no los había unido, propuso casar, no sé si personalmente, a Isabel II con el pretendiente carlista. Y vista la sangre derramada tal vez un matrimonio infeliz valga más como un mal menor y hasta quizás Dios, como la Iglesia, lo aprobasen. Mientras Isabel II se hacía mayor de edad hacía de regente o regenta su madre, María Cristina. Los vascos, que en vascuence no saben pronunciar la K inicial, llamaban a los “cristinos” con el nombre de “guiristinos”, de donde viene eso de “guiris” para mencionar a los extranjeros. Así pues, los guiris son los constitucionalistas y los vascos los ultraespañoles defensores de la España de los Austrias.

Los liberales, a pesar de comulgar, en cuestiones de dinero no miraban mucho por los intereses de la Iglesia. El ministro Mendizábal realizó la desamortización de bienes eclesiásticos –

revivir las manos muertas – para financiar con la venta los cañones y la munición en su lucha contra los boinas rojas vascongados. Entre ellos destaca Zumalacarregui que, como se ve contando el número de sílabas, era vasco de pura cepa. Otro carlista famoso es Cabrera, el tigre del Maestrazgo que, por su sobrenombre, podemos imaginar su dentadura.

La reina Isabel, entre guerra carlista y guerra carlista, se dedicaba a satisfacer sus deseos carnales. Según dicen malas lenguas ella era ninfómana y su marido homosexual. En una audiencia en el Vaticano el nuncio le dice al Papa que aquella era una puta, y entonces el Pontífice le responde:”si, pero ricordare che è la nostra puttana”. Cansados más de su mal reinado que de sus amoríos (estos divierten siempre dando lugar a chascarrillos), los españoles se revolucionan y la envían al exilio en 1868. Aquella revolución se llamo la “Gloriosa” y dio pronto paso a una primera república que pasó sin pena ni gloria. Cuatro ¡nada más que cuatro! presidentes en sólo un año. Pero antes, como clavo ardiendo al que aferrarse la monarquía, el rey Amadeo primero, protegido de Prim, no había durado tampoco más que un par de revoluciones de la tierra en torno al sol. ¡Que se las apañen ellos!, debió decirse. La tradición española es destruir las repúblicas y que éstas duren el menor tiempo posible. Los Borbones siempre vuelven.

Y así, en 1876, el caballo de Pavía entra – es un decir, pues los leones no se lo hubieran permitido – en las Cortes dando un tejeretazo y un tijeretazo al régimen republicano. Cánovas del Castillo instala a Alfonso XII, aquel triste rey buscando a doña Mercedes porque ayer por la tarde no la había visto. ¿Quién de una cierta edad no se acuerda de Paquita Rico y Vicente Parra?

Y, entre los cesantes, los conservadores y los liberales que tornan al campanario como la cigüeña, termina aquel siglo al que llamaron estúpido y que se concluye con la máxima estupidez. Los españoles, desoyendo a los regeneracionistas, y creyendo vivir todavía en el imperio, mandan un par de barquichuelos de charca

contra una nacioncilla recién nacida al mundo. ¡Ay! Aquellos jovenzuelos, con unos cañones cañonudos, llevan a pique cinco siglos de historia. Quedan los últimos de Filipinas, pero faltan los ultramarinos y las habanera. ¡Más se perdió en Cuba!

Capítulo IX

QUE LO HEMOS ECHAO

Algunos monarcas, como ciertos Papas, añaden a su nombre un número romano (¿por qué no Felipe 6º) para señalar que el rey ha muerto ¡viva el rey!. En suma, que su reinado será en cierto modo una continuación de la tradición. La estabilidad es una virtud esencial en una institución que se funda en la movilidad de los espermatozoides. Alfonso XIII no heredó de su padre el amor romántico. Como cualquier Borbón que se precie de serlo, tuvo sus amantes y, naturalmente, también sus bastardos, los cuales le delatan por su rostro secular. En su aspecto físico lucía un bigote con puntas hacia arriba en forma de murciélago, una amplia

frente para tan pocas ideas y, al decir del joven Ortega, sabía taconear maravillosamente con sus lustrosas botas militares. Siempre preocupado por el bienestar de su pueblo, hizo un viaje a las Hurdes para comprobar que todavía existía un pueblo muchísimo más atrasado que el resto del pueblo español. En aquel tiempo, el mundo estalló en guerra. Como entraron en el conflicto naciones como Japón, Turquía y los Estados Unidos, el radio de las bombas excedió las fronteras de Europa y se llamó entonces Guerra mundial. Por supuesto, no sabían que era la primera y que al llamarse la Gran guerra provocaban la risa de los historiadores futuros. Tres eran tres los principales contendientes: por una parte, la Triple entente -Francia, Inglaterra y Rusia- y, por otra parte, la Triple alianza, formada por Alemania y Austro-Hungría. Éstas eran las potencias centrales pues, como todo el mundo puede ver, ocupaban el centro de Europa. Si no fuese por la presencia de Rusia, se podría afirmar que era un conflicto entre libertad y autoridad. O si se quiere, entre los conservadores y los liberales o socialistas. En España, en los cafés y en la prensa, se seguía con gran pasión este conflicto armado. La mayoría de los intelectuales, como Unamuno y Ortega, eran aliadófilos, salvo el impío Baroja, muy crítico después con la república, y Benavente, maestro en hacer juegos malabares para estar siempre con el vencedor. Al dramaturgo madrileño le sucedía como a Italia, pícara al fin y al cabo, y que cambió de chaqueta tan pronto como le convino hacerlo. España se mantuvo al margen del conflicto y de esa neutralidad sacó tajada económica mejorando su situación mediante el comercio internacional a los dos bandos. Sin embargo, Unamuno acusa en dos artículos al rey de haber favorecido a Alemania en secreto rompiendo la neutralidad. La audiencia de Valencia lo condena por injurias al monarca a ¡dieciséis años de cárcel!, sentencia que no se lleva a cabo, lo cual demuestra bien la arbitrariedad de la justicia y lo mucho que hemos avanzado en este terreno desde entonces. En 1917 sucede un hecho muy importante que tendrá luego consecuencias en toda Europa y,

particularmente, en España: los bolcheviques, como antes la revolución francesa, exterminan a la familia del “zar”, el “César” ruso (nota erudita: los nombres *Káiser* y *zar* proceden del latín Caesar)

Aunque las cosas de palacio vayan despacio, el deterioro de España iba cada vez más deprisa. Alfonso XIII, como el rey de Italia, cierra los ojos y le da el poder personal a Primo de Ribera, padre del Ausente. Éste era un militarote, aficionado a las putitas gaditanas. Villalonga cuenta que casi estuvo a punto de irse a criar malvas jugando con él de niño a montar el caballito. Todos los dictadores tienen su lado humano, son buenos padres y buenos abuelitos que acarician las mejillas de sus nietos, aunque con las manos firman sentencias de muerte. Esta dictadura no provocó apenas sangre, si acaso algún moratón, unos cristales rotos y cinco o seis muertos, y se puede considerar muy blandita respecto a la siguiente. Además, de siete a cuarenta hay treinta y tres años de diferencia, la edad de Cristo.

La dictadura de Primo de Ribera había sido un golpe de Estado de guante blanco, consentido desde Palacio. Cuando Primo se convierte en secundario, Alfonso XIII pretende volver a la normalidad constitucional de 1876. Y entonces nombra como presidente a Berenguer. Es lo que se llamará – con poca originalidad – la “dictablanda”. El error de Berenguer es creer ingenuamente que se puede pasar de una dictadura así como así: “Aquí no ha pasado nada, olvidemos, pelillos a la mar”. Esas transiciones son muy difíciles, como bien sabemos. Y entonces vienen las elecciones municipales en las cuales los partidos republicanos arrasan en las ciudades grandes. El rey, siendo realista, entiende que debe abdicar y llevarse fuera de España el dinero necesario hasta que su hijo, nieto o él mismo -cualquiera de la familia- vuelva en olor de multitudes. Claro está que quiere parecer un gobernante magnánimo y generoso y afirma que no desea hacer correr la sangre para mantener su legítimo cetro. Pero no se trata de una marcha voluntaria: “que no se ha ido, que

lo hemos echao”. España, en plena primavera, el 14 de abril del año 1931, se había acostado monárquica y se había levantado republicana (esta frase tópica tampoco es del otro mundo). Pero tanta alegría y esperanza, un lustro más tarde, acabará en llanto. En medio de una fuerte depresión económica de un alcance mundial, desacreditadas las democracias liberales, masticadas entre las muelas del totalitarismo nazi o bolchevique, la segunda república fue una barquichuela sacudida por un fuerte oleaje ¿Cómo no iba a naufragar la nave del Estado? Pasemos por alto la revolución de Asturias, la eterna cuestión catalana, etc.

El 18 de julio de 1936 – fecha en la que se daba una paga extra para no olvidar la fecha – se produce el Alzamiento nacional, que, como en 1868, se llamó igualmente “Glorioso”, adjetivo muy apetecido por todas las revoluciones. Las tres guerras carlistas fueron un juego de niños comparadas a la guerra incivil (claro que no es lo mismo disponer de aviones con bombas que solamente de cañones). Hubo una España nacional y otra España roja (esto suponía que todos los republicanos eran rojos y, además, no eran nacionales). En medio de esas dos Españas, como dice Machado, al españolito recién nacido se le iba a congelar el corazón. En esa guerra ganó, como en todas, el más fuerte y el más listo, pues hace falta ser tonto Azaña para no destituir de un modo fulminante a los sospechosos de deslealtad.

El Generalísimo Franco, liberando a nuestro país de una dictadura bolchevique, comprobó ya en el poder que eso de las dictaduras no está después de todo tan mal, y la dejó sólo cuando Dios, por la gracia de Dios, quiso llevárselo consigo dejando a unos más tranquilos y a otros más llorosos. Suele decirse la tontería de que el General, con superlativo, era un hombre mediocre. ¡Quia! Estando muy por debajo de Queipo de Llano y del mismo Mola (tuvo suerte hasta en el accidente aéreo y el asesinato de José Antonio) logró ser la cabeza principal del golpe, ser nombrado Jefe de Estado, entretener al hijo de rey que no fue nunca rey con falsas promesas, ya veremos y quizás, quizás, quizás (son

memorables las citas con don Juan a bordo del Azor), se quitó de encima a la Falange, les dio unas prebendas a los católicos y a la Iglesia para que ésta cumpliera con su función de echar incienso y, viendo el fin cercano, encontró al Opus Dei para que lo acercase a Dios y a los tecnócratas para que usaran las mejores técnicas posibles para mantenerlo hasta morir con funeral de Estado, mitras de obispos y miles de buenos ciudadanos haciendo cola para despedirse antes de volverse demócratas de toda la vida. Cuarenta años y nadie sin chistarle. ¿Es eso ser mediocre?

En las clases a los niños de la posguerra se les daba pan y chocolate y a los niños de la pos-pos-pos guerra se les adiestraba todavía para ver con el ojo la paja de la lejana Siberia y no ver la viga en el ojo de la cercana Iberia. ¡Mirad, mirad, lo que pasa allí lejos!, decían mientras en el No-Do se nos mostraba a Franco inaugurando pantanos y de fondo una voz enfática y retórica contaba lo bien que iban las cosas y cuánto debíamos estar agradecidos al que en buena hora se alzó.

Un día, como es normal, Franco murió en su cama de puro vejistorio. Un presidente con orejas puntiagudas de perro cazador salió en la pantalla en blanco y negro del televisor y, con voz temblorosa, aire compungido, dijo eso de: “Españoles, Franco ha muerto”. Y muchos se fueron a buscar en el ropero una chaqueta nueva. Así llegaba la transición, la transacción, democracia a cambio de perdón. Y “libertad, libertad, sin ira libertad, y si no la hay seguro la habrá!” Palabras preventivas, para que la gente airada y cabreada esperando tantos años poder votar tuviese calma, mucha calma. Después de todo, se había esperado tanto ... En las radios se escuchaba eso de “hubo en España una guerra que, como todas las guerras, la ganara quien ganase, la perdieron los poetas”. Y era de admirar el tacto exquisito para reconciliar a vencedores y vencidos, con eso de “como todas las guerras”, para disolver el asunto, y eso del imperfecto de subjuntivo “la ganara quien ganase”. Pero sobre todo con lo de la “perdieron los poetas”. José María Pemán lloraría en su tumba, pues se le negaba con

notoria injusticia la condición de vate.

El Rey Juan Carlos, en una final de copa en la que jugaba el Real Zaragoza, que tenía entonces a un presidente joven, dijo que era muy bueno tener un presidente joven. Y Arias Navarro, cargadito de años y de nostalgia franquista, captó la metáfora-indirecta dimitiendo tras hacer sonar el pito el árbitro del partido. El nuevo presidente fue el chuletón de Ávila, el guapo Adolfo Suárez, que realizó lo que nadie esperaba de un político inexperto: aterrizar de emergencia el Estado en unas elecciones libres en un tiempo muy breve. Ya lo había dicho para infundir confianza: "Puedo prometer y prometo". Se celebraron las primeras elecciones con tantas papeletas y tantas siglas que los miembros de las mesas tuvieron dolor de cabeza durante una semana. Siete padres de la patria redactaron la última de nuestras constituciones, la de 1978, y cuatro años más tarde el Partido socialista de Felipe González llevaba a la izquierda al gobierno después de ni te cuento. Era tanta su bisoñez que prometieron un referendo para sacarnos de la OTAN y luego pidieron votar para entrar en ella. Ahora bien, con los años cogieron experiencia. Claro que unos seguían siendo socialistas y otros socia-listos. Sin embargo, muy poco antes de que los chicos de la pana se sentaran en los bancos de azul, nuestra España democrática, apenas salida del horno, estuvo en un tris y en un tras de regresar al triste trastero del que había salido. Unos cuantos guardiaciviles entran en el Congreso para acabar con la soberanía popular. Tejero, el jefe de los insurrectos, con tricornio, bigote reglamentario y pistola en mano, amenaza con darle un tiro en la cabeza al presidente de las Cortes, el cual gira la testa con el mismo asombro que si hubiera visto aparecer a la patrona de la benemérita, la que vino en carne mortal a Zaragoza, a Zaragooza (quienes conozcan la capital maña conocen bien la canción que se escucha siempre a la misma hora para recordarnos que hemos sido singularmente señalados por María). Era un 23 de febrero del año de 1981, y como éste es el mes más corto, también duró poco

tiempo el pavor de unos y, en otros, el rebuscar en el armario las chaquetas guardadas.

Capítulo X

CLUB SIGLO XXI

Si los trogloditas hubiesen nacido con siete dedos en cada mano, hoy no existiría el sistema métrico decimal. Pero la cuenta de la vieja nos indica que tenemos índice, corazón, anular, meñique y el dedo más importante en la hominización: el pulgar. Salvo que falle la aritmética, cinco multiplicado por dos son diez y ésta es la base que usamos para las medidas. ¿Todos? No, todavía hay un pequeño reducto que se resiste a la homogeneidad. Claro, que no debemos extrañarnos, pues los británicos – el pueblo en cuestión- no solamente conducen por la izquierda para llevar la contraria sino que también consideran a Europa como una isla grande separada del continente de la Gran Bretaña por el canal de la Mancha (que alude más al petróleo sucio que al hidalgo célebre). En cualquier caso, como los ingleses por muy sajones que sean también fueron colonizados por Roma un tiempo, la palabra “milla” deriva de “mil pasos”, ya que los legionarios debían calzar un cincuenta y pico. Pues bien, desde la antigüedad – pensemos en Pitágoras – el hombre ha sentido fascinación por los números. La palabra *siglo*, de “saeculum”, tienen sentido de “generación”. Y como la longevidad alcanzada como máximo, incluso entonces, son cien años, la voz “siglo” pasó a designar esa unidad de tiempo. Así, el siglo XX son dos mil años.

La fascinación ante el número – celebramos los cumpleaños – se acompaña también de un temor, un “lagarto, lagarto” y “toca

madera”. En el año mil la gente no sabía dónde esconderse, si bajo la cama o las mesas, esperando el fin del mundo. Y en el dos mil, más sofisticados y tecnológicos, los hombres, las mujeres, los niños y las niñas, creían que se daría el “efecto dos mil”: los ordenadores se desconcertaría con los tres ceros. Pero no hubo cataclismo, Apocalipsis, los aviones no cayeron de las nubes, los trenes no descarrilaron, las cuentas bancarias no se esfumaron y no fue necesario volver al lápiz y al papel.

Otro hecho importantísimo en este siglo – apenas llevamos dos décadas – es el final del terrorismo. Ahora los separatistas catalanes pretenden la independencia desobedeciendo las leyes de los hombres, los homólogos vascos aspiraban a lo mismo adelantado la ley de la vida. Cientos de muertes y litros de sangre vertida para admitir su miserable equivocación. Y, finalmente, ha surgido con fuerza la ideología feminista en sus dos ramas: aquella que busca terminar la desigualdad salarial y la violencia ejercida contra la mujer por algunos hombres – hay feministas que piensan incluso que todo varón es un agresor “en potencia”- y otra que añade a ello la pretensión de hacer la revolución sexual dentro de la lengua. Pero no se espulga así como así tan fácilmente un vocabulario milenario. Como el latín es bastante pegajoso y no hemos logrado quitárnoslo del todo, la “humanidad” (incluyendo a las féminas) vendrá siempre de “hominem” u “hombre” (“hombría” se refiere solamente al varón). Claro que ¿para qué sirven las letras cuando lo que se quiere es ganar votos?

Pablo Galindo Arlés
7 de mayo de 2019

